

GUILLERMO CALDERÓN NARVÁEZ²

**REQUERIMIENTOS
AFECTIVOS
DEL
NIÑO NORMAL
Y DEL
NIÑO ENFERMO¹**

EXISTE UNA PROFUNDA relación entre las reacciones psicológicas del niño y las de sus padres. Es un hecho conocido desde hace mucho tiempo, que el hombre con su gran poder de adaptabilidad es modificado y modifica a su vez, al medio que lo rodea.

Esto que es indudable desde el punto de vista físico general, y prueba de ello son las características etnográficas diferentes según las condiciones climáticas del lugar en que se habita, es especialmente importante desde el punto de vista psicológico sobre todo cuando nos referimos a la etapa especialmente importante que en la niñez y durante la cual se van a constituir las características psicológicas que posteriormente van a integrar la personalidad del individuo adulto.

Podríamos considerar al niño y a sus padres como dos esferas que actuando dentro de un mismo campo eléctrico, se atraen o se repelen según el signo de electricidad con el cual estén cargadas. Esta interrelación que existe siempre normalmente, se acentúa en condiciones especiales como es el caso de las enfermedades de los pequeños que afectan desde el punto de vista psicológico en mayor o menor grado a los padres, de acuerdo con diferentes circunstancias, tales como su propia personalidad, en la cual pueden existir elementos neuróticos de ansiedad o depresión, las preferencias hacia el hijo enfermo, el lugar que éste ocupa dentro de los descendientes y especialmente si se trata de un hijo único, el tipo de enfermedad, su gravedad, si hay posibilidades de que llegara a ser invalidante, o determinar alteraciones estéticas, el peligro de muerte,

1 Trabajo leído en la Primera Reunión de Pediatría Social, organizada por el Hospital Infantil de Zona Moctezuma.

2 Jefe del Servicio de Consulta Externa, Pabellón Central, del Manicomio General de México.

Profesor de la Clínica de Psiquiatría de la Universidad Nacional de México.

etc. Como puede claramente verse por lo anterior, entre estas condiciones hay algunas que podríamos considerar justificadas para desencadenar modificaciones en el psiquismo de los padres, pero hay otras en las cuales el problema real de la enfermedad del niño es insignificante, pero se encuentra enormemente amplificado por las condiciones receptivas de sus progenitores. Si a ésto agregamos que en determinadas ocasiones los pequeños acostumbran sacar partido en su propio beneficio de esta circunstancia que ya conocen, y si consideramos por otra parte que a su vez los padres con su estado angustioso ante la enfermedad de los hijos, influyen en forma muy favorable sobre el estado de ánimo de los pequeños pudiendo en ocasiones llegar a hacer que se prolonguen injustificadamente determinados padecimientos por factores psicológicos agregados, tenemos que llegar a la conclusión de que es preciso para todo médico en general y en especial para el pediatra, el conocer a fondo esta interrelación padres-hijos, a fin de poder actuar correctamente no solamente estableciendo un tratamiento somático, sino vigilando y dictando las medidas psicológicas necesarias en cada caso particular.

Siendo el hombre la más elevada de las criaturas es sin embargo, en las primeras épocas de su vida la más desvalida. Cualquier animal, desde muy pequeño puede bastarse a sí mismo, busca su alimento, se procura abrigo contras las inclemencias del tiempo y aprende a defenderse de los enemigos que lo rodean. El hombre sin embargo no puede hacerlo, él necesita largos años de preparación para poder bastarse a sí mismo, ya no digamos en sus necesidades básicas como son el comer, vestirse o defenderse de un medio externo agresivo, sino aún más, en el largo entrenamiento que necesita para poder cumplir con el complejo y elaborado papel que le corresponde por su intelecto, en el mundo de seres vivos en el que se desenvuelve.

De las diferentes épocas evolutivas por las cuales va pasando, es indudablemente la infancia la más importante como ya mencionamos, es entonces cuando está formando su propia personalidad y para poder hacerlo correctamente tiene determinados requerimientos afectivos que es preciso llenar.

Las necesidades de un niño son de diferentes tipos, unas son alimenticias, otras sociales y otras quizá aún más importantes son las emocionales.

Las primeras son en la actualidad bien conocidas, no existe ningún médico, que no sepa los requerimientos del niño en este sentido, de acuerdo con su peso y edad, indica en una forma minuciosa y detallada

la formula alimenticia que es preciso elaborar a fin de que el pequeño se desarrolle correctamente desde el punto de vista físico general. Sabemos la cantidad de proteínas, grasas, hidratos de carbono, agua, vitaminas y calorías que debe tener cada formula, y en muchos casos hay inclusive algunas madres que con la experiencia que han tenido con hijos anteriores dirigen en una forma empírica, pero práctica, correctamente la alimentación de sus hijos.

Desde el punto de vista social, los padres más que los médicos se muestran especialmente interesados en lograr los requerimientos del pequeño. Siendo como es un simple engrane de la compleja maquinaria social, debe aprender a comportarse correctamente en estas condiciones, y así se le enseña a tratar con corrección a sus semejantes, a conducirse debidamente en lugares públicos, a respetar las normas que la sociedad impone, a manejarse cumplidamente en la mesa, la calle, la escuela, la iglesia, etc..

Si el primer aspecto de los requerimientos del niño, o sea el alimenticio, es interesante para los padres, que desean tener hijos sanos y bien desarrollados, el aspecto social es igualmente importante para ellos, ya que consideran que en la figura de sus hijos, proyectan fuera de su hogar su propia personalidad, que una crítica extraña hecha a los menores es un reproche para ellos mismos y esto los hace ser especialmente cuidadosos en este sentido.

Las necesidades emocionales de los niños son por el contrario poco conocidas, cada padre considera que debe experimentar en su hijo su propio sistema educativo y frecuentemente se muestra inflexible ante sugerencias extrañas que no vayan de acuerdo con su propia manera de pensar.

Desde este punto de vista, los requerimientos del niño son múltiples, pero los más importantes son cariño, protección, comprensión y disciplina.

El más necesario de todos es el cariño, que le es tan indispensable al niño, como lo es el agua para las plantas, y así como vemos que en los lugares desérticos y muy pobres en este elemento, los vegetales se protegen de una gruesa cutícula y espinas, como una forma de reaccionar ante un ambiente hostil, así también los niños que no tienen cariño se protegen simbólicamente de una gruesa coraza protectora y de espinas, aislándose del ambiente, tornándose inquietos, desadaptados, violentos e irritables.

Aparentemente se podría pensar que no existe ningún padre o ma-

dre que no quiera a sus hijos y si bien esto lo podríamos considerar como cierto en principio, también lo es, el que existen determinadas circunstancias que hacen que este cariño no exista, o bien que se vea menguado considerablemente, entre otras podríamos considerar el caso del hijo no deseado, y que por lo tanto es mal recibido al constituir una carga extra, un estorbo y una molestia dentro de su propio hogar, la reacción de desagrado que desencadena cuando nace se prolonga en ocasiones durante toda la vida, restándole mucho del cariño que de sus padres necesita.

Las reacciones de celos con los hijos son desgraciadamente bastante más frecuentes de lo que sería de pensar, padres que se molestan al ver que la madre es especialmente tierna y cariñosa con los hijos, o madres que a su vez ven en sus hijos rivales que les disputan el cariño y la atención de sus maridos. Es fácil comprender que en estas condiciones se va estableciendo primero un distanciamiento y después un franco antagonismo hacia los hijos, causas inocentes de esta situación.

Con mayor frecuencia lo que sucede es que los padres manifestando no tener tiempo para ello debido a sus múltiples ocupaciones en su trabajo o a sus compromisos sociales fuera del hogar, olvidan a sus hijos, que tristemente se van desarrollando en un ambiente falto de cariño y de interés por parte de sus progenitores.

En algunos casos, raros afortunadamente, los padres llegan a odiar a sus hijos, esto sucede siempre como rasgos de una personalidad francamente anormal desde el punto de vista psiquiátrico ameritando de inmediato la intervención del médico especializado para resolver este problema.

En segundo lugar el niño necesita protección física y moral de parte de sus padres, su frecuente inestabilidad emocional, y el conocimiento de su propia ineficiencia para bastarse a sí mismo, lo hacen buscar ansiosamente el apoyo necesario para sentirse seguro y poderse aventurar poco a poco en ese mundo desconocido que cada día aumenta en posibilidades y complicaciones para él. En esta ardua tarea son los padres sus guías naturales, su simple presencia les infunde seguridad y tranquilidad, ante cualquier problema que pueda surgir están ellos para ayudar a resolverlo. Pero esta situación tan fácilmente enunciada amerita un extraordinario tacto y discreción, porque es muy sutil el límite entre la protección y la sobreprotección y si la primera es necesaria la segunda suele ser nefasta, pues evita que el niño forme los elementos necesarios para poder en el futuro bastarse a sí mismo, abriéndose paso sereno y tranquilo en su perenne lucha existencial.

El niño necesita también comprensión, es pequeño y no puede pensar como nosotros. Frecuentemente somos injustos con él sobretodo en nuestros castigos. Un momento de incoordinación motora propio de su corta edad, puede hacer que un niño tire una taza de café y cuantas veces se le reprenda injustificadamente por este motivo, solo porque no lo comprendemos, porque se nos ha olvidado que él no puede ver las cosas como nosotros, sino que somos nosotros los que tenemos que apreciar la realidad de acuerdo con su punto de vista infantil.

Por último, en la infancia se necesita disciplina. Disciplina que quiere decir, orientación, educación y suave firmeza, no un férreo y tiránico control, que no solo no ayuda sino perjudica.

Estos requerimientos naturales del niño sano desde el punto de vista emocional están especialmente exaltados y modificados durante la enfermedad. El niño enfermo solicita más cariño del que habitualmente se le da, quisiera tener a su madre permanentemente a su lado y se disgusta cuando por razones naturales propias de su actividad en el hogar, tiene que alejarse de él así sea por breves momentos. Ante el *stress* propio de la misma enfermedad su sentimiento natural de inseguridad se acentúa, y así busca igualmente una mayor protección de parte de sus progenitores. Es entonces cuando debemos de comprenderlo especialmente, y aumentar nuestra sutileza en su trato y manejo. La disciplina frecuentemente se refleja en estas circunstancias, y es muy común la opinión general de las madres, en el sentido de que "no temen tanto a la enfermedad como a mañitas que al niño deja".

Si el padecimiento es corto, estos problemas se resuelven por sí mismos al modificarse rápidamente las circunstancias que los originaron, pero si la enfermedad es larga y sobre todo si se trata como decíamos en un principio de un cuadro invalidante como por ejemplo la poliomielitis, el problema psicológico que su suscita, es tremendamente complicado, ya que afecta tanto al niño como a sus padres, siendo entonces extraordinariamente importante la opinión docta y la orientación inteligente del médico que debe saber la forma adecuada de enfrentarse a este tipo de problemas que suele variar en cada caso particular.

Es entonces cuando el médico sublima su propia profesión, saliéndose de las normas rígidas de un simple tratamiento somático, para alcanzar las metas más elevadas de la comprensión, de la caridad, y de la humanidad que han hecho que se considere justificadamente al ejercicio de la medicina como a un verdadero apostolado.